



Mi madre ríe

Chantal Akerman

Traducido del francés por Regina López Muñoz





He escrito todo esto y ahora ya no me gusta lo que he escrito. Fue antes, antes del hombro roto, antes de la operación de corazón, antes de la embolia pulmonar, antes de que mi hermana o mi cuñado me llamaran para que me despidiera (por última vez). Antes de que ella regresara a su casa en Bruselas para siempre.

Antes de que riera.

Antes de que yo entendiera que tal vez lo hubiese entendido todo al revés.

Antes de que yo entendiera que disponía solo de una visión truncada e imaginaria. Y que no era capaz de más. Ni de una verdad ni a duras penas de mi verdad.

Ahora mi madre vive y goza de buena salud. Es lo que dice todo el mundo y todo el mundo dice también que es fuerte y nadie entiende cómo ha sobrevivido.

Le duele todo pero ha vuelto a crecerle el pelo. Es un milagro.

Ha recuperado algo de peso. Casi logra arreglárselas con el hombro roto. Aun así, todavía hay que ayudarla a

vestirse, a desvestirse, cortarle la carne y untarle la mantequilla en las tostadas. Tampoco puede pasear sola y es una auténtica lástima. Por suerte está Clara, que vive con ella y tiene su habitación al fondo del piso, así cada una tiene su intimidad. Clara es mexicana. Es la hermana de Patricia, la que limpia la casa.

En Navidad y en Año Nuevo organizan fiestas e invitan a mi madre. Mi madre dice que ni Navidad ni Año Nuevo significan nada para ella pero se alegra de que la inviten y en casa de los mexicanos hay mucho ajeteo y a ella eso le encanta. Vuelve de estas fiestas con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

Ríe a menudo entre queja y queja. Disfruta.

La escucho reír. Ríe por cualquier nadería. Una nadería es mucho. Incluso a veces por la mañana se ríe.

Se despierta cansada pero se despierta y encara la jornada.

He venido de Nueva York para pasar unos días con ella.

Y no sé por qué ni cómo pero me deja existir tal como soy.

Mi desorden ya no parece disgustarla. Es como si hubiese dejado de verlo. Acepta. Me acepta tal como soy. Antes no era así pero desde que presintió la muerte y salió adelante ha cambiado. Distingue entre lo que es importante y lo que no y me acepta.

A veces le da por contar otra vez mi nacimiento y que yo no digería bien su leche y ella veía a su hija debilitarse y era

terrible. Un día acabaron dando con una leche que sí digería. Qué habría pasado si no.

Se ríe.

Me gusta oír su risa.

Duerme mucho, pero ríe. Disfruta. Y duerme.

Por fin ha aceptado la edad que tiene. Sabe que debe acostarse en el centro de la cama para no caerse durante la noche. Sabe que hay que dejar algo de luz en el pasillo que comunica con el baño. Sabe que alguien duerme al fondo del piso no muy lejos de ella por si acaso. Sabe todo eso y está de acuerdo. Le gusta. Le gusta cuando aparece Clara. Le gusta hablar y reír con ella. Parecen dos amigas de toda la vida.

Fue idea de mi hermana. Pensó que mi madre ya no podía vivir sola y Clara se fue a Bélgica con ella y de momento va todo bien.

Le caen bien los mexicanos, es decir, la hermana de Clara y sus hijos cuando pasan a saludarla y comer con ella. Son cariñosos y se ríen con ella. Y eso sienta bien. Sienta tan bien que ya no puede prescindir de ellos. Además a mi madre le gusta que haya gente en su casa. Hasta el fontanero que tuvo que acudir de urgencia acompañado de su nieta. Yo había estado toda la noche achicando el agua que entraba sin parar de los vecinos. Fue todo un acontecimiento y en el fondo a ella le gustaba a pesar de que se preguntaba por qué pasaba y se decía que su edificio estaba envejeciendo y esperaba no tener que hacer frente a ningún gasto extra porque ella vivía con poco y si para colmo tenía que pagar reparaciones no sabría qué hacer.

Sabe que puede contar con sus hijas pero no le gusta. No le gusta pedir. Quiere arreglárselas con lo que tiene. Es decir con poca cosa. Y eso que a lo largo de su vida trabajó mucho con mi padre pero nunca estuvo declarada. Así que ahora tiene que arreglárselas con su pensión de los alemanes y su pensión de prisionera de guerra. Y también con un apartamento que mi padre compró para mí, para que tuviera algo.

Ese apartamento lo alquilamos, de modo que algo más le reporta, pero no mucho porque no es ninguna maravilla y lo alquila muy poco.

Cuando llegó el fontanero con su nieta, a mi madre le gustó tanto aquella niña con trenzas que no cabía en sí. Fue muy bonito y la niña estaba tranquila y sonriente. Mi madre le dio zumo de naranja.

El fontanero armó un jaleo tremendo con una máquina especial para desatascar pero todo se arregló y no tuve que volver a pasarme la noche achicando.

El fontanero le dijo que podía volver a ocurrir, que las tuberías estaban viejas. Mi madre dijo ya veremos. Cada cosa a su tiempo. Se dijo que si volvía a pasar dentro de diez años ella tal vez ya no estaría y sería mi hermana quien se ocuparía porque yo no tengo una mentalidad pragmática. Sin embargo fui yo la que llamó al fontanero a pesar de que era Navidad y el fontanero vino. Y ella rio.

Le cuesta salir de su piso. Ya no sale casi nunca a pesar de que no habla de otra cosa que no sea salir, pero apenas hay luz y llueve, es invierno. Y sabe que la humedad es nefasta

para ella que ha estado tan enferma. Pero aun cuando remite un poco la humedad, cosa que a veces pasa hasta en Bruselas en el mes de diciembre, ella no sale. Solo a la terraza y de ahí no pasa. Mira el jardín desolado en la planta baja, mira al gato, mira al perro. Ve la tumbona volcada por culpa del viento que arrasa con todo a su paso. Pero aparte de eso no hay nadie en el jardín. Ya no hay niños. Seguramente estén a cubierto. En cuanto llegue la primavera volverá a verlos y se entusiasma. Espera la primavera y sabe que llegará y que oirá los pájaros pasar. Eso le gusta.

